

4° ANTOLOGIA DE

# NARRADORES

# SUBURBANOS

1999

PUBLICACION CONJUNTA CON LOS MEJORES SELECCIONADOS  
DEL 4° CONCURSO PROVINCIAL DE POESIA Y CUENTO  
SUBURBANO 1999

PARA ESCRITORES DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

AUSPICIADO POR



MARIA M. BELLIZIO

EMILIANO CISNEROS

ALBERTO D. MORINI

RUBEN C. BARRIENTOS

JOSE F. BECCAR VARELA

ROBERTO E. BRAVO

CARLOS A. BURGOS

PABLO A. CALONICO

MARIA ANGELICA CERISARA

NORBERTO O. DUKUEN

ANDRES GARCIA

NESTOR S. GRANDA

GUILLERMO A. ITALIA

VALERIA S. LONGARINI

SILVIA A. LOPEZ

CARLOS E. LUPORINI

LIDIA E. MARTINEZ

HERNAN MELANA

JUAN J. NAHABEDIAN

JUAN P. NOCETTI

NORBERTO I. PANNONE

ANALIA N. PEREZ

MICHAELA PERICHON

MARIA T. REY ORDOÑEZ

BERNARDA M. SAEZ

JORGE STASIAK

NORBERTO P. SOLORES

SALVADOR VERZI

ADNEMAR VIGETTI

ESTELA YARDE BULLER



*Serie Poetas de los Barrios*

## ADHEMAR VIGETTI

*Narrador de América*

### ESTADIO IV

El hombre joven está sentado en el vagón de un tren. Lloro. saca un trozo de papel, lo mira y llora con más fuerza. Nadie repara en él. El tren se detiene en una estación suburbana. El hombre joven se baja. Nervioso, enciende un cigarrillo, y el humo del tabaco que aspira con fruición, mezclado con la fría niebla matinal, envuelven su cara sin lograr esconder la terrible angustia que lo devora

Cuatro cuabras más adelante llega a la puerta del edificio en el que vive con su padre. Ambos son los únicos ocupantes del departamento "A", planta baja. Su madre murió siendo él niño.

Desde la ventana que da a la calle el anciano lo ve llegar, observándolo con su rostro ominoso y enfermizo, en el que intentando un gesto de cordial bienvenida, no puede ocultar la ansiedad que trasunta de sus ojos tristes y esperanzados en una ambivalencia cargada de expectación.

El hombre joven responde con su mano izquierda como infundiendo confianza. Por suerte su padre no alcanza a distinguir en su cara una mueca de trágico dolor.

El hombre joven saca las llaves para abrir, junto con el trozo de papel. Lo lee por última vez y lo estruja presa de odio repentino, de un odio que seguramente brota de su impotencia frente a lo inevitable. Está asustado. Tiene miedo. Sus manos, mojadas del sudor que nace por sus nervios, tiemblan. Respira profundamente para serenarse, intentando soslayar la espantosa presión que comprime sus vísceras, su pecho y su garganta. Con calma, pero con firmeza, prende fuego al papel con su encendedor y lo arroja a la calle. mirándolo mientras se dispersan las cenizas barridas por el viento helado.

Se pasa las manos sobre los cabellos, alisándolos, y ajusta el nudo de su corbata con un movimiento instintivo. Suspirando para animarse traspone la puerta. Cuando los ojos apagados e inquisidores de su padre se cruzan con los suyos buscando ansiosamente alguna respuesta, solo encuentran una expresión de cálida confianza en su cara joven.

Ambos sonríen.

- ... Todo está bien, papá. todo está bien...

Dios le está mostrando el nuevo Camino que deberá recorrer para que el anciano tenga la mejor sobrevida posible. Camino en el cual, detrás de esa sobrevida, la mentira es un elemento vital e imprescindible.

Mientras se abrazan con mucho amor, en la mente del hombre joven, escritas como con letras de hierro candente, brillan flamigeras las palabras impresas en el trozo de papel:

*"Carcinoma de próstata con metástasis múltiple. Estadío IV . Inoperable e irreversible"*

En los últimos dos años el hombre joven experimentó una serie de vivencias inéditas que bien podrían interpretarse como la estructuración de otra personalidad paralela a la propia. No se trataban de distintas facetas ampliatorias. Era, directamente, como transitar una nueva vida, otra vida, signada por la desesperanza.

Desde que en el laboratorio le confirmaron el mal que aquejaba a su padre todo cambió ya no podía darse el lujo de sufrir o expresar sus emociones en su presencia. Necesitaba mantener una imagen positiva y alegre para que el rebote de esos estados espirituales levantara en el alicaído enfermo el poco resto de ánimo que le quedaba o el menguado deseo de seguir viviendo.

Contrariando su escala de valores el hombre joven debió aprender a mentir. Los engaños eran parte de sus magras conversaciones con el anciano que lentamente languidecía mirando por la cruel enfermedad, engaños que paradójicamente reafirmaban la esencia sublime de esa escala.

En su lucha constante contra el destino no quedaba espacio para descargar sus sentimientos y la presión que debía soportar era imprescindible confirmarla dentro de sí, de manera que, mediante esa contención, ningún atisbo de la realidad se reflejara en sus acciones, modos, estados anímicos e incluso en el tono de su voz.

Debía tolerar pacientemente los caprichos y las quejas, los agravios y las molestias. Su padre estaba muy enfermo y ya no era dueño de sus actos. La enfermedad lo había transformado en un ser egoísta y absorbente como si todo debiera girar en torno a él. A veces parecía que intuyera que sus tiempos terminaban y solo le importara la satisfacción de sus imperativos deseos, no obstante lo cual se aferraba a la esperanza de una mejoría, a pesar de los dolores terribles que su escuálido cuerpo estaba soportando.

Cuatro días antes del desenlace que inexorablemente se produjo, en el departamento "A", planta baja, hubo un mudo y patético coloquio entre el hombre joven y el anciano.

Afuera un sol radiante entibiaba la tarde de una primavera prematura. Todo era luz y vida. La actividad de la calle con sus ruidos y bocinazos hacía escuchar una cacofonía surrealista y familiar que al transponer las ventanas del departamento se acallaban, transformándose en murmullos ronroneantes como si fueran ecos del redoblar de tambores muy lejanos.

Adentro todo era gris. El anciano había entrado en el trance previo a la agonía. Una simple ventana con su cortina corrida separaban la vida de la muerte.

El hombre joven descansaba en un sillón al lado de la cama. En ella, exhi-

biendo un rostro macilento, huesudo y plagado de arrugas, yacía su padre, inmóvil y respirando fatigosamente. A un costado, un tubo de oxígeno rompía la armonía del entorno. Sobre la mesita de noche varios medicamentos y un vaso con agua se agrupaban junto al resto de la merienda que con muchas dificultades intentó hacerle comer. Una sonda inyectada en un brazo introducía en el torrente sanguíneo del anciano el suero que lo mantenía vivo. Lo demás estaba inerte, excepto sus ojos que miraban al hombre joven como si quisiera decirle algo, con una expresión resignada y opaca. No podía hablar, pero como si su hijo fuera capaz de leer sus pensamientos, con ellos manifestó las que quizá hubieran sido sus últimas palabras.

- Querido muchacho...solamente yo sé cuanto has hecho por mí... solamente yo y tu madre, con la que me reuniré en pocos días más... Sé que el tiempo que me resta por vivir ya se mide en horas, pero antes que llegue la postrera o que me falte lucidez, quiero decirte algunas cosas que aliviarán mi camino hacia- el más allá. Debo agradecer tus mentiras de un par de años a esta parte, mentiras que hice que creyeras que creía, mintiendo yo a mi vez, para que te sintieras bien... Perdóname. Desde que comenzó mi enfermedad supe cual era y traté de imponerme una conducta que no complicara tu vida.

Es probable que no lo haya logrado, pero sé que entenderás ~~que~~ el porque de ese no.

También por esto, perdóname Quizá en los instantes finales de la vida, los hombres, sin tiempos para replanteos, solo se aferran a recuerdos rescatando obviamente los placenteros sobre los otros... Y aquí sí es cuando más debemos agradecerte por todo lo que nos has dado. Fuiste un niño muy dulce que colmó las ilusiones de su madre, llenando de amor los pocos años que pudo disfrutar de él. Después, en el resto de tu vida jamás me defraudó ninguna de tus acciones como adolescente o como adulto. Has cumplido en forma cabal con tus obligaciones de hijo, pero falta en ese camino algo muy importante para ti. No debes continuar recorriéndolo solo. Es hora que formes una familia que te dé hijos para proyectarte, tal como yo lo hice contigo. No conoceremos, con tu madre, a nuestros nietos, pero debes tener seguridad que desde donde estemos, hemos de gozar ~~de~~ ellos con la misma alegría que tu sentirás viéndolos crecer. Estás en condiciones de formarlos con tu mismo patrón y si Dios lo quiere, llenarán tu vida y tu sentirás orgulloso como yo me siento hoy de ti. El mejor legado de un padre es hacer de sus hijos hombres probos. La mejor recompensa para ese esfuerzo es lograrlo. Gracias Señor por haber permitido que así sea...

El hombre joven notó un cambio en los ojos del anciano. La opacidad que los enturbiaba se transformó lentamente en un brillo acuoso a raíz de lágrimas que pugnaban por salir. Por último algunas se escaparon rodando muy despacio sobre la reseca piel color mate, recorriendo un camino de arrugas

alrededor del pómulo descarnado hasta perderse entre las canas de la patilla.

- ¡Pobre viejo...!

El hombre joven se conturbó. Tiene que ser muy duro un hijo para que las lágrimas de su padre no lo acongojen. La sensación de inermidad que surge de ellas destruyen la ilusión del roble fuerte y seguro que todos tenemos en nuestros progenitores, haciendo trastabillar las ideas de que ellos son el puerto tranquilo donde recalar, cualquiera sea la intensidad de la tormenta que nos lleva al garete. Las lágrimas de un padre disuelven con su ardor los muros de piedras que como una coraza inexpugnable nos resguardaron en el camino de nuestras vidas a su lado.

El hombre joven pensaba en todo esto y en muchas cosas más. Nada podía hacer. Hubiese querido gritarle su amor, inyectarle la fuerza de su juventud, restañar esas lágrimas con un canto de alegría, insuflarle no sabía como, con la suya, la vida que se le escapaba al anciano, recordarle que estaba a su lado, que en la caja de Pandora siempre continuaba bien resguardada la esperanza.

- ¡Pobre viejo...! Que atroces pensamientos de dolor lo estarán martirizando hasta hacerlo llorar. Que penas espantosas, en el racconto que quizá estará haciendo de su existencia en estos instantes, destrozan el precario soplo de espíritu que aún le queda. Que pecados ocultos estará expiando que lo llevan a purificarse de esta manera. Que miserias de su vida que yo no conozco, aparecerán como demonios para trastornarlo en los momentos en que la vida, a punto de quebrarse, debería ser solo un verde oasis de paz y tranquilidad...

- ¡Pobre viejo...! El dolor lo está matando...

El hombre joven suspiró profunda y cansadamente. Fue hasta la cocina y se preparó un café bien fuerte. Lo necesitaba. Cuando regresó al sillón, con algo de sosiego en su angustiado espíritu, notó en la cara de su padre una expresión serena y dulce. En sus ojos ya no había lágrimas. Parece más tranquilo, quizá su dolor haya cedido – pensó el hombre joven.

Lo que sabía y jamás tendría la oportunidad de saber era que las lágrimas de su padre no habían nacido del dolor. Eran lágrimas de felicidad.

En sus últimos momentos, a pesar de su enfermedad, Dios estaba premiando una vida justa con una muerte justa.

A través de la ventana el murmullo de la calle seguía llegando como si fueran los ecos de redobles de tambores lejanos. Una ventana cerrada con su cortina corrida seguía separando la vida de la muerte.

Se Termino de imprimir en el mes de octubre de 1999  
en ediciones baobab  
Amambay 3570 - 1431 Capital Federal  
Tel. / Fax 011-542 - 4179